

«Hagan todo lo que Él les diga»

(Jn 2,5)

Buenos Aires, Pquia. Ntra. Sra. de La Rábida, 12 de octubre de 2019
Homilía en las fiestas patronales

I. Historia de santidad y conciencia de misión

Queridos hermanos:

Celebra esta parroquia sus fiestas patronales, honrando a la Santísima Virgen María bajo el título de Ntra. Sra. de La Rábida, en el día aniversario en que el viejo mundo se encontró con el nuevo. Agradezco al P. Nicolás Retes por su invitación. Han transcurrido más de treinta y un años desde que el 15 de julio de 1988 el cardenal Aramburu resolviera constituir este lugar como sede de una nueva comunidad parroquial, a fin de proveer mejor a las crecientes necesidades pastorales de esta parte del barrio de Monserrat.

Dentro del conjunto de parroquias de esta arquidiócesis, podemos considerarla todavía entre las más recientes, aunque ya ha consolidado su trayectoria en este barrio. Las fiestas patronales ayudan a profundizar siempre más la toma de conciencia de su identidad y su misión.

La imagen de la Santísima Virgen que aquí se venera evoca la que se encuentra en Andalucía, provincia de Huelva, en el convento franciscano de La Rábida, situado en Palos de la Frontera. Imagen ante la cual se despidieron Cristóbal Colón, los hermanos Pinzón y toda la tripulación de las tres carabelas que partirían rumbo hacia el oeste, para el descubrimiento del nuevo mundo.

La prehistoria de este lugar se vincula con antecedentes apostólicos dignos de recuerdo, por haber dejado huella de santidad. Un siglo antes de la fundación de esta parroquia, las Hijas de Ntra. Sra. de la Misericordia se establecieron en este solar, donde funcionó la casa provincial y el noviciado. Aquí vivió un tiempo Sor Ludovica de Angelis –hoy beata– antes de su traslado a La Plata. Más tarde, las Hermanas ampliaron la propiedad sobre la calle Belgrano donde funcionó el Colegio de la Misericordia, hasta que en 1947 los Hermanos de las Escuelas Cristianas adquirieron la propiedad y fundaron el colegio Cardenal Newman. Entre los años 1955 y 1958, según queda constancia, en él residió periódicamente el siervo de Dios, Alfonso Lambe, laico fundador de la Legión de María en América del Sur.

II. María, madre y modelo de la Iglesia

Pero el estímulo mayor para descubrir el sentido de esta celebración lo encontramos en los textos de la Palabra de Dios que hemos proclamado. Leídos

en su conjunto, nos presentan el papel de María dentro del designio divino de la salvación centrado en Jesucristo, tal como nos lo ha presentado San Pablo en la segunda lectura, tomada de la Carta a los Efesios.

Allí nos enseña el Apóstol que Dios “nos ha elegido en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuéramos *santos e irreprochables* en su presencia, por el amor. El nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad” (Ef 1,4-5). Esta expresión “santos e irreprochables” o bien “santos e inmaculados” vuelve a repetirse más adelante en la misma carta, en referencia a la Iglesia en su conjunto, cuando afirma que Cristo “quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino *santa e inmaculada*” (Ef 5,27). El Apóstol, además, habla en términos de alianza matrimonial cuando presenta a la Iglesia como esposa de Cristo (cf. Ef 5,25).

A su vez, la primera lectura, tomada del profeta Zacarías, contiene una invitación a la alegría que Dios dirige a su pueblo simbolizado en la ciudad santa de Jerusalén, llamada “hija de Sión” por estar situada en lo alto de esa montaña: “Grita de júbilo y alégrate, hija de Sión: porque yo vengo a habitar en medio de ti” (Zac 2,14). Se anuncia una venida del Señor que vendrá a habitar en medio de su pueblo, y junto con esto también “muchas naciones se unirán al Señor: ellas serán un pueblo para él y habitarán en medio de ti” (2,15). También en el libro del profeta Sofonías encontramos una invitación semejante (cf Sof 3,14-20).

Estas palabras, leídas a la luz que nos trajo Jesucristo, contienen un preanuncio del misterio de la encarnación redentora con el que se vincula el misterio de la Iglesia. Cuando el ángel Gabriel saluda a la Virgen María diciéndole: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28), está empleando palabras que traen resonancias de estas profecías. En ella, en realidad, Dios encuentra toda la fidelidad y correspondencia que esperaba del pueblo elegido. Ella es la verdadera “hija de Sión”, el cumplimiento perfecto de lo que esperaba de la ciudad santa: “El Señor tendrá a Judá como herencia, como su parte en la Tierra santa, y elegirá de nuevo a Jerusalén” (Zac 2,16). María es la verdadera “tierra santa” donde Dios se complace. Figura y modelo de la Iglesia “santa e inmaculada” que nos recuerda siempre nuestra vocación de santidad.

En las bodas de Caná, cuyo relato hemos proclamado en la lectura del Evangelio, María aparece como maestra de la fe y como la nueva Eva junto al nuevo Adán. En una boda de aldea, a la que Jesús junto con su madre y los apóstoles fueron invitados, ella descubre el mal rato que pronto pasarían los novios ante la falta de vino, teniendo en cuenta que la fiesta se prolongaba

varios días. Con fina sensibilidad se limita a presentar a su Hijo esta necesidad bien humana y terrenal, de quien recibirá una respuesta que puede desconcertarnos: «Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía» (Jn 2,4). En este modo de referirse a su madre llamándola “mujer” resuena la referencia a la primera profecía que encontramos en la Biblia, en el libro del Génesis, cuando después de la caída de nuestros primeros padres, bajo el influjo del demonio, Dios dice a la astuta serpiente: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón» (Gn 3,15).

Sabemos que en el Evangelio de San Juan la “hora” a la que Cristo se refiere es la de su misterio pascual de pasión, muerte y resurrección. En esa hora por excelencia volvemos a ver a su madre íntimamente unida a Él, asociándose a su sacrificio redentor. Dice el evangelista: “Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien él amaba, Jesús le dijo: «Mujer, aquí tienes a tu hijo»” (Jn 19,26). De este modo el Hijo unigénito del Padre, que es también el unigénito de la Virgen, comienza a convertirse en el primogénito entre muchos hermanos. La maternidad de María se extiende para abarcar a la Iglesia y a todos los pueblos.

Debemos prestar atención a lo que María dice a los sirvientes en las bodas de Caná, luego de ejercer ante Jesús su intercesión de madre y a continuación de la respuesta de su Hijo: «Hagan todo lo que Él les diga» (Jn 2,5). Se presenta así como su perfecta discípula y como maestra de la fe. Aquí está el resumen de todo su mensaje.

La misión de la Virgen María consiste en traer a este mundo al Salvador de los hombres, causa de la alegría de este mundo, y colaborar asociada a Él en nuestra redención. De este modo María prefigura el misterio de la Iglesia y es modelo de su misión. Porque la Iglesia existe para volverse madre feliz como María, engendrando espiritualmente a Cristo en las almas de los hombres, por obra del mismo Espíritu Santo que fecundó su seno virginal.

III. Estrella de la Evangelización

Queridos hermanos, en compendio breve e imperfecto hemos esbozado rasgos esenciales del misterio de la Santísima Virgen que sirven de inspiración a la Iglesia de todos los tiempos en su tarea evangelizadora. Debemos asumirlos también en esta hora si queremos ser fieles a nuestra misión en el concreto lugar y tiempo en que nos puso la providencia de Dios.

Una parroquia realiza su sentido en la medida en que se convierte en un centro de evangelización. En ella los fieles alimentan su fe con la Palabra de Cristo, la celebración eucarística y la gracia de los sacramentos, y se sienten

impulsados al testimonio en la vida ordinaria y en las iniciativas misioneras de la Iglesia en el barrio. La hora providencial en que vivimos exige de nosotros una fe profundamente arraigada, abierta como la de María al plan benevolente de Dios que “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim 2,4). Como exhorta San Pablo “permanezcan firmes en la fe” (1Cor 16,13). Sólo así podremos hacer frente al oleaje cultural tantas veces adverso. Porque esta fe conlleva unas exigencias morales que con frecuencia la mentalidad actual rechaza. Si nos preocupamos de ayudar al prójimo –que es parte irrenunciable de nuestro testimonio–, solemos ser aceptados. Pero si hablamos del matrimonio y la familia y del respeto irrestricto a la vida en todas sus etapas, con frecuencia nos exponemos al desprecio y a la burla. Es el momento de recordar el sacramento de la Confirmación. Si no entendemos que ser cristianos implica ir a contracorriente de la mentalidad del mundo, no hemos entendido el Evangelio. Pero Jesús nos ha advertido: «En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Ante la magnitud de estos desafíos, percibimos la desproporción de fuerzas de que disponemos; nos sentimos limitados y pequeños. Pero el Espíritu Santo prometido por Jesús viene en nuestra ayuda. Y María, como en las bodas de Caná, intercede por nosotros ante Jesús y nos sigue diciendo: «Hagan todo lo que Él les diga» (Jn 2,5).

✠ ANTONIO MARINO
Obispo emérito de Mar del Plata